

PROBLEMÁTICA EN EL ESTUDIO DE LA PROTOHISTORIA JAPONESA

MAJOR ISSUES FOR THE STUDY OF JAPANESE PROTOHISTORY

Irene M. MUÑOZ FERNÁNDEZ¹

Área de H^a Antigua. Dpto. de H^a Antigua, H^a Medieval y Paleografía y Diplomática de la Universidad Autónoma de Madrid

**Recibido el 22 de agosto de 2017.
Evaluado el 20 de febrero de 2018.**

RESUMEN:

Para el investigador que se enfrenta por primera vez al estudio de la protohistoria en el ámbito japonés es importante tener en cuenta una serie de hándicaps que, desde el primer momento, va a tener que afrontar, tanto desde el punto de vista puramente metodológico, como desde el punto de vista más antropológico. Es importante conocer esta problemática para establecer una metodología de estudio que palie, en la medida de lo posible, las carencias que, ya de por sí, tiene la investigación general en este campo. Gracias a la cada vez mayor presencia de investigadores occidentales en el ámbito de los estudios yayoi y kofun, van apareciendo estudios de mayor calidad científica, pero es importante tener en cuenta que gran parte de los estudios tradicionales en este campo pueden adolecer de una o más de las problemáticas referidas. Sólo siendo conscientes de ellas, se puede afrontar la investigación con una metodología que permita un estudio de calidad.

ABSTRACT:

Researchers facing the study of Protohistory of Japan for the first time should take into account some existing difficulties, ranging from a methodological approach to an anthropological perspective. It is important to recognise these problems in order to apply a suitable methodology to minimise their impact in the research. Due to the growing presence of western researchers in yayoi and kofun studies, there has been an increase in scientific quality of the published research, but nonetheless it is important to keep in mind that many of the traditional studies in this field may contain one or more of the aforementioned problems, whose cause can be found in a wide range of possibilities. Being aware of the shortcomings of research can help to establish a methodology for a qualified study.

PALABRAS CLAVE: Protohistoria, Japón, Arqueología, Metodología

KEY-WORDS: Protohistory, Japan, Archaeology, Methodology

I. Situación de los estudios arqueológicos de Japón en España

El estudio de la Historia de Asia Oriental es, por desgracia, un gran desconocido dentro de los programas universitarios españoles. Si bien poco a poco se va subsanando el desconocimiento sobre Asia en materia histórica gracias a programas específicos sobre Asia Oriental, lo cierto es que la materia permanece limitada a dichos programas, y no llega a permear al resto de planes de estudio, que permanecen con un punto de vista

¹ irene.munnoz@gmail.com
Antesteria
Nº 7 (2018), 283-299

completamente eurocentrista y sin prestar atención a todo aquello que acaece fuera de nuestro ámbito geográfico más cercano, salvo contadas excepciones. Esta cerrazón no sólo priva a estudiantes e investigadores del preciado conocimiento sobre los procesos históricos y sociales de una serie de culturas allende nuestras fronteras sino que, además, limita profundamente nuestra visión acerca de ciertos procesos que se han desarrollado en ambos ámbitos y que, bien por contar con características similares, bien por lo contrario, nos pueden ayudar a comprender dichos procesos y los factores que pueden afectar tanto a su germen como a su desarrollo y consecuencias. Es tremendamente enriquecedor ver cómo culturas tan separadas y que no tuvieron contacto entre ellas desarrollan, en ocasiones, soluciones similares a problemas similares, como también lo es el poder estudiar los casos en los que difieren en dichas soluciones, pues este estudio amplía nuestra visión sobre qué elementos han sido relevantes en cada proceso y sobre las razones que han motivado a cada uno a conceder más o menos peso a dichos elementos, lo que ayuda a ampliar nuestros horizontes y conocimientos sobre los procesos históricos y culturales de manera notable.

Pero si ya es complicado poder aproximarse al conocimiento de las culturas orientales desde los planes de estudio españoles, más aún lo es si lo que se pretende es estudiar ciertos aspectos de las mismas: el estudio de los periodos históricos conocidos como Pre- y Protohistoria son los grandes damnificados en este caso pues, tal y como se puede comprobar si se bucea en los escasos programas de Estudios de Asia Oriental que ofertan las universidades españolas, ni siquiera en los planes de estudio específicos sobre Asia Oriental presentan asignaturas específicas sobre estas materias o formación sobre la situación y la problemática reales de los estudios sobre la misma, probablemente debido a la escasez de profesorado formado en la materia específica de Arqueología que imparte clases en dichos planes de estudio, pues dichos docentes suelen estar especializados principalmente en las materias de Lingüística, Historia, Arte o Humanidades.

II. El problema de las cronologías

La primera de las dificultades que se puede encontrar el investigador al tratar de enfrentarse al conocimiento de la Protohistoria japonesa es la de las cronologías: hay que tener en cuenta que la historiografía al respecto ha abordado tradicionalmente el estudio de la evolución histórica japonesa basándose principalmente en lo que relatan las crónicas imperiales clásicas, especialmente el *Kojiki* y el *Nihongi*. Es necesario señalar que ambas obras son compilaciones de textos, crónicas y documentación encargadas por orden de los emperadores en el trono en cada momento, y que en ambos casos no sólo cuentan con informaciones parciales o hechos sólo comprendidos a medias, sino que, además, fueron creados con un claro interés de legitimación política de la dinastía gobernante, por lo que enmascaran, tergiversan, maquillan, añaden o eliminan los hechos que relatan en función de dicho interés². Por supuesto, éste es un problema que no es en modo alguno ajeno a todos aquellos investigadores que trabajan con fuentes escritas de cualquier época y ámbito geográfico o cultural, pero en el caso nipón las obvias dificultades para tratar las fuentes con objetividad y poder interpretarlas correctamente se unen a una problemática mucho más complicada y específica del ámbito japonés: la Monarquía Imperial japonesa actual basa su legitimidad al trono en la afirmación de ser una monarquía que ha permanecido de manera continuada en el poder a lo largo de los milenios, sin ningún tipo de ruptura ni interrupción desde el mismísimo origen del estado Yamato (o, mejor dicho, desde la fundación de dicho estado por parte de los dioses), tal y como “demostrarían”³ las crónicas imperiales que nos

² De Bary *et al.* 2001, 13

³ Una lectura más pormenorizada de las mismas crónicas destruye por completo este concepto, tal y como demostró Hideo Kanda en 1959, con un estudio profundo sobre la sucesión entre los ocho reyes situados entre el

ocupan. Es más, hasta el final de la Segunda Guerra Mundial y el reconocimiento de la derrota japonesa por parte de Hirohito, la figura del Emperador era tenida por la totalidad de los japoneses como la del descendiente en la tierra de la mismísima diosa Amaterasu y, como tal, de naturaleza divina; la justificación de tan notable ascendencia se basaba en las crónicas clásicas, que narran cómo el nieto de Amaterasu desciende a Japón para dominarlo y fundar la imperecedera dinastía Yamato. Esta insistencia por tomar al pie de la letra las crónicas imperiales acarrea varios problemas para el estudio de la realidad histórica y de su evolución a lo largo del tiempo⁴, siendo el más evidente el del empeño por hacer cuadrar cualquier evidencia de tipo arqueológico o histórico dentro del marco teórico propuesto por dichos textos, lo cual en ocasiones no es sólo hartamente complicado, sino una misión imposible, pues no son pocas las veces en las que las evidencias arqueológicas llevan frontalmente la contraria a las fuentes escritas imperiales. Este empeño por encajar, sea como sea, lo que dicen el *Kojiki* y el *Nihongi* en la realidad histórica ha afectado profundamente a la construcción cronológica del panorama histórico japonés, especialmente al de las épocas anteriores al periodo Heian, pues, para empezar, estas crónicas han dado lugar a una clasificación cronológica tradicional según la cual la historia japonesa se divide, *grosso modo*, en dos eras: la Era de los Dioses, en la que Ninigi, el nieto de Amaterasu, desciende a la tierra, avanza por Japón y se establece como gobernante de Yamato, siendo el primero de la larga lista de gobernantes japoneses que le sucederán, y la Era de los sucesivos reinados imperiales hasta la actualidad, lo que no deja lugar alguno para la Pre- y Protohistoria en dicha clasificación, pues la Historia de Japón arranca a la vez que la de la formación de la institución imperial⁵.

Las preconcepciones derivadas de dicha clasificación cronológica han proporcionado no pocos quebraderos de cabeza a los investigadores japoneses, pues según se iban abriendo a las ideas y ciencia occidentales a partir de Época Meiji (1868-1912), se iban haciendo cada vez más y más evidentes las carencias de la misma.

III. Nacionalismos e imperialismos

Pero la apertura a occidente no sólo implicó una serie de avances en la investigación, sino también la aparición de un marcado recelo hacia las potencias occidentales, especialmente agravado por el claro interés imperialista evidenciado por las potencias mundiales en el área extremo-oriental, que tuvo su más clara expresión en la Guerra del Opio (1839-1842/1856-1860) y el Tratado de Portsmouth (1905). Para evitar la expansión occidental en territorio japonés, Japón comienza a buscar unas bases de cohesión nacional firmes y de justificación de la permanencia de la familia imperial en el trono, lo cual consigue mediante la articulación de un discurso nacionalista fundamentado en las crónicas imperiales clásicas, además de con el establecimiento de un férreo control sobre cualquier tipo de estudio, teoría o actividad que pudiera poner en duda la autenticidad de los orígenes míticos de la familia imperial. De este modo, investigadores como Michiyo

legendario Jinmu (identificado en las crónicas como el nieto del dios Ninigi) y Sujin, el primer soberano que parece ser históricamente real. La conclusión de Kanda fue que dichos gobernantes no fueron sucesivos, tal y como clamaban las crónicas, sino que probablemente fueron líderes coetáneos cuyos matrimonios y relaciones de parentesco mutuas habrían sido retocados para aparentar una descendencia genealógica y lineal. Siguiendo esta misma línea de investigación, Mizuno demostró en 1992 que la línea sucesoria imperial, tal y como queda reflejada en las crónicas, incorpora en realidad tres líneas diferenciadas de gobernantes, que él califica como Dinastía Antigua (establecida con Sujin), Dinastía Media (comenzada por Ōjin) y Dinastía Nueva (inaugurada por Keitai), y asociando cada una de estas dinastías con un centro de gobierno: la dinastía de Sujin en Miwa, la de Ōjin en Kawachi y la de Keitai en Asuka. (Barnes 2007, 21 y ss.).

⁴ Mizoguchi 2002, 198-199. Tal es la tendencia a emplear la cronología tradicional en los estudios, que incluso aquellos que utilizan las dataciones calibradas incluyen en no pocas ocasiones tablas cronológicas en las que se muestran ambas cronologías (Barnes 2007, 22. Tabla 1.3).

⁵ Barnes 1990, 930.

Naka⁶ y sus estudios, hacia el año 1888, sobre la autenticidad de las cronologías tradicionales y de las duraciones de los reinados de los primeros emperadores, así como de diversos eventos relacionados en el *Kojiki* y en el *Nihon Shoki* fueron “purgados” por considerarse irrespetuosos con el Emperador y la ideología nacional⁷. Este tipo de purgas no hizo sino crear un clima de recelo hacia el abordaje del estudio de todo aquello que pudiera chocar frontalmente con la cuestión de los orígenes imperiales y las cronologías de los sucesivos emperadores, miedo que se manifestó mucho más intensamente en los estudios sobre el periodo *Kofun*, dada la coincidencia de este periodo con la fundación de la genealogía imperial y, por ende, de la nación japonesa como tal.

Con la promulgación en 1874 de una ley, por parte del gobierno Meiji, que prohibía la excavación de los túmulos funerarios de época *Kofun*⁸ considerados tumbas imperiales –y por tanto, tumbas de los antepasados de la actual familia imperial- no se hizo sino agravar el poco conocimiento arqueológico existente sobre la Protohistoria japonesa.

Con las presiones políticas para evitar el estudio de todo aquello que pudiera oponerse al discurso imperial, los investigadores se mostraron reacios a discutir públicamente temas relacionados con el origen de los japoneses, dado que dicho debate llevaba de manera ineludible hacia temas más comprometidos, como es el de los orígenes de la institución imperial. Por ésto, arqueólogos y antropólogos prefirieron centrarse en los estudios sobre la Prehistoria⁹, dado que los habitantes originales del archipiélago se suponían reemplazados o asimilados dentro de la población ancestral de la familia imperial, por lo que los estudios de épocas anteriores a la *Kofun* estaban relativamente a salvo del peligro de persecución; por otro lado, no se abandonó completamente el estudio de la época *Kofun*, sino que simplemente se centró en los estudios tipológicos cerámicos¹⁰ para evitar posibles confrontaciones con las crónicas.

Esta tendencia a evitar ciertas áreas de estudio polémicas será la nota predominante a partir de entonces y, si bien hoy en día los investigadores son conscientes de que es necesario realizar una aproximación más metodológica al estudio de épocas como la *Kofun*, se sigue apreciando esa cierta voluntad de acoplar los resultados de los estudios a las descripciones de las crónicas, con los problemas metodológicos que ello conlleva, y en un claro reflejo de lo arraigado de la ideología imperial dominante.

La situación no parece haber mejorado con el paso de los años sino que, por el contrario, se ha establecido firmemente y tiene pocos visos de cambiar a corto-medio plazo: en 1940, en el transcurso de las celebraciones por el 2600 aniversario del establecimiento de la Corte Imperial en Yamato, se hizo especial hincapié sobre el hecho de que los túmulos *kofun* eran la prueba histórica real de la grandeza de los primeros emperadores y sus vasallos¹¹, empeorando aún más el clima. Esta prohibición de excavar estos túmulos *kofun* no sólo afecta al conocimiento sobre el desarrollo de la sociedad *kofun*, su progresiva estratificación y el surgimiento de las poderosas élites que se enterraban en esas grandes tumbas tumulares y que serían el germen del propio imperio yamato, sino también a aspectos tan básicos como la correcta identificación del difunto en ellas enterrado o, dicho de otro modo, la constatación de que el personaje que según las crónicas estaría allí enterrado es –o no– quien en la actualidad se da por sentado que es. Es tan grande el vacío de conocimientos existente en los estudios *kofun* que ha provocado esta prohibición que, a día de hoy y a pesar de los constantes esfuerzos de diferentes sociedades de arqueólogos e

⁶ Dado el público al que se dirige este trabajo, se emplea el orden occidental de cita para los nombres de los autores (nombre y apellido), para no generar confusión a los lectores no habituados a la nomenclatura japonesa que pudiéramos tener.

⁷ Mizoguchi 2013, 12.

⁸ Abad, 2014, 20.

⁹ *Ibid.*, 22.

¹⁰ Ikawa-Smith 1982, 303.

¹¹ Mizoguchi 2013, 13.

historiadores para que el *Kunaishō*¹² permita el acceso y estudio a los mausoleos imperiales *kofun*¹³, y a pesar de que se ha permitido la excavación de algunos *kofun* menores cuyo estudio no supone un riesgo para el mantenimiento de las teorías oficiales por tratarse de enterramientos de personajes locales y/o de rango limitado¹⁴, así como la prospección exterior -gracias al desarrollo de técnicas no invasivas-¹⁵ de algunos de los principales, todavía se extiende el desconocimiento sobre estas estructuras, pues los pocos avances realizados son, a todas luces, insuficientes.

Otro de los problemas asociados a la tendencia a tomar categóricamente lo que las crónicas imperiales afirman es el hecho de que, especialmente en el caso de los primeros emperadores, las cronologías no siempre cuadran con la realidad cultural de los hechos que relatan ni con las cronologías que otras fuentes escritas y arqueológicas no japonesas proporcionan. Afortunadamente, varios investigadores intentaron en la época de entreguerras poner un poco de orden en las cronologías tradicionales, aún a riesgo de dar con sus huesos en la cárcel, tal y como le sucedió a Sōkichi Tsuda (1873-1961) en 1942, acusado de lesa majestad por sus polémicas afirmaciones sobre la invención de gran parte de los anales de la emperatriz Jingū por parte de los cronistas de mediados del s VI¹⁶. Tras el descalabro de la Segunda Guerra Mundial, la tendencia general fue la de la negación de las ideologías de preguerra y la crítica profunda de los estudios previos, poniendo de nuevo en el candelero a autores como Tsuda y animando a trabajar en la reestructuración de las cronologías de las crónicas. Gracias a esta tendencia, hoy en día contamos con dos tipos de cronologías imperiales: la tradicional, es decir, la que figura en las crónicas, y una cronología ajustada, obtenida mediante comparación de las fuentes clásicas japonesas con otras fuentes coreanas y chinas, así como con los restos arqueológicos excavados. Pero, al contrario de lo que *a priori* podría parecer, la creación de una cronología ajustada no facilita el estudio de la historia japonesa, sino que más bien la complica más, puesto que, a día de hoy, no todos los investigadores han adoptado dicha cronología, por lo que nos encontramos con que en algunos casos se sigue trabajando con las dataciones tradicionales¹⁷, mientras que en otros casos se trabaja con las ajustadas¹⁸ y, en la mayoría de los casos, no se especifica con qué dataciones se están encajando los datos¹⁹, lo que lleva a confusión y, en no pocas ocasiones, a la mezcla de ambas cronologías en un mismo trabajo²⁰, lo que conlleva graves errores conceptuales.

Por otro lado, el concepto de “Prehistoria” (y con él, el de “Protohistoria”) era desconocido para los japoneses, dada su inexistencia en las crónicas imperiales²¹. Dicho concepto tuvo que ser introducido por los primeros investigadores occidentales a finales del s. XIX²²; aun así, la completa adopción de la idea de “prehistoria” les llevó a los investigadores japoneses unos 50 años²³, eso sí, con resultados irregulares, pues cada cual aplicaba su propia traducción al japonés de dichos conceptos, de modo que nos encontramos con diferentes denominaciones para cada periodo. Así, la Edad de Piedra,

¹² Ministerio de la Casa Imperial.

¹³ Barnes y Okita 1999, 377.

¹⁴ Oksbjerg 2007, *passim*.

¹⁵ Edwards y Okita 2005, *passim*; Nishimura *et al.* 2009: *passim*.

¹⁶ Farris 1998, 61-62.

¹⁷ Mármol 2014, 87

¹⁸ Barnes 2007, 22. Tabla 1.3

¹⁹ Rhee *et al.* 2007, *passim*

²⁰ Horiuchi *et al.* 2015, *passim*

²¹ El hecho de que no se emplearan los términos de convención científica a nivel mundial en los escasos estudios que se realizaban en Japón con anterioridad a la llegada de Edwards Morse, pionero en la investigación de la Prehistoria Japonesa, no es sino la muestra de lo cerrado de los círculos de investigación japoneses hasta ese momento, totalmente ajenos a los estudios sobre las mismas materias que se estaban realizando fuera del archipiélago. Al desconocer la terminología básica universal o no querer aplicarla, emplearon para referirse a este periodo -o a parte del mismo- diferentes términos, como los ejemplificados en el texto. Para más información sobre esta problemática, vid. Barnes 1990, *passim*.

²² Barnes 1990, 931

²³ *Ibid.*, 939.

según el autor consultado, es denominada *Seki Jidai*, *Sekkijidai* o *Seki sekai*, existiendo términos tan peculiares como *Kaizuka jidai* (“Edad de los concheros”) para referirse a este periodo. Siendo tan áridos los comienzos y, gracias a las excavaciones estratigráficas llevadas a cabo por Hikoshichirō Matsumoto (1887-1975) en diversos concheros de la prefectura de Miyagi y por Kosaku Hamada (1881-1938) en el yacimiento de Kō, en Ōsaka, a principios del s. XX, se tomó conciencia de la importancia de la estratigrafía para el establecimiento de una cronología fiable²⁴. Pero con la asunción del concepto de estratigrafía surgiría un nuevo problema: tanto japoneses, como coreanos y chinos tienen el concepto cultural de que avanzar hacia el pasado es “avanzar hacia arriba”, quizás por esa idea de volver a los cielos, el origen de todo, y avanzar hacia el futuro es “avanzar hacia abajo”; esto hace que el trato con estratigrafías resulte confuso, pues es justo al revés de su concepción temporal²⁵. Es quizás éste el motivo de que términos como “inferior”, “medio” o “superior”, a los que estamos acostumbrados en occidente no hayan sido directamente traducidos a los lenguajes de Asia oriental, sino que, en su lugar, se empleen los términos “temprano”, “medio” y “tardío”. Éste es un punto importante a tener en cuenta a la hora de abordar las cronologías japonesas, y hay que mantenerlo siempre en mente a la hora de consultar autores japoneses, para no incurrir en errores de adscripción cronológica.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la derrota japonesa y la pérdida de los territorios conseguidos durante la expansión imperialista dieron paso a un cambio de rumbo del discurso sobre el concepto de nación: de este modo, el enfoque preponderante pasó a ser el de una “vuelta a los orígenes”, lo que favoreció un énfasis en los estudios de época Jōmon. Pero dicha ideología también fue adoptada por algunos investigadores bajo la influencia del marxismo y comunismo soviéticos en forma de una doctrina de “auto-determinación racial”, como una forma de eslogan contra el imperialismo del que Estados Unidos era el principal abanderado, y que tan directamente había afectado al archipiélago japonés tras la derrota a manos de los aliados. Para estos investigadores se hizo necesario un cambio de rumbo radical: dado que, con el final de la guerra, se había desmoronado la identidad nacional y la figura del Emperador había perdido su halo de divinidad, había que volver a levantar dicha identidad nacional desde cero, evitando los enfoques de la época de pre-guerra, considerados la principal causa del estrepitoso fracaso japonés. Así, reclamaban como necesario no sólo investigar los orígenes de la Casa Imperial, sino los de la etnia japonesa, que sería el nuevo elemento de cohesión nacional ante la caída de prestigio de la institución imperial. De este modo se empiezan a estudiar los orígenes de “la clase opresora”, retratada en las grandes y ricas tumbas tumulares *kofun*. Ciertamente es que pocos arqueólogos participaron de este enfoque lo que, unido a la prohibición de excavar los *kofun* y al más que justificado miedo por parte del cuerpo investigador a enfrentar estudios que pudieran ser considerados contrarios a la ideología imperial, hizo que la mayoría de los que abordaron este tipo de enfoques fueran historiadores activistas políticos, por lo que los estudios de este tipo adolecieron, inevitablemente, de muchas carencias²⁶.

IV. Cambios en las cronologías

Otra de las consecuencias de la llegada de este nacionalismo cultural fue una democratización generalizada en todos los ámbitos, incluido el de la investigación, así como un periodo de avances científicos, fruto del contacto con Estados Unidos, que introduciría técnicas como la de la datación por radiocarbono²⁷. Ésto supondrá el primero de varios cambios en las cronologías de los periodos pre- y protohistóricos japoneses, donde la

²⁴ *Ibid.*, 931 y ss.

²⁵ *Ibid.*, 938.

²⁶ Mizoguchi 2006, 72-73.

²⁷ Barnes 1990, 937.

tendencia generalizada a depender, bien de las crónicas, bien del estudio tipológico-estratigráfico para datar los materiales arqueológicos, hace que las cronologías se tengan que revisar permanentemente, lo que suele generar cierto revuelo entre la comunidad científica japonesa, pues los más tradicionales suelen ser reacios a los cambios que, si bien terminan siendo aplicados más o menos por la inmensa mayoría de los investigadores, lo hacen de una manera bastante lenta y, en ocasiones, incluso traumática.

Un ejemplo del engorroso proceso para la aceptación de las cronologías obtenidas mediante análisis científicos se puede encontrar en las fechas de inicio del periodo Yayoi, establecidas en un principio en torno al s. III a.n.e., cronologías que continuaron vigentes hasta los años 70. A partir de la década de los 80, diversos autores plantearon la posibilidad de una fecha de inicio de alrededor del s. V a.n.e.²⁸, basándose en diversas evidencias arqueológicas; algunos autores aceptaron las nuevas cronologías, mientras que otros prefirieron seguir aferrándose a las antiguas durante más de una década. Pero cuando por fin, la práctica totalidad de los investigadores había asimilado las nuevas cronologías –si bien cierta polémica sobre la definición del Yayoi aún se mantenía sin cerrar completamente–, un nuevo escándalo sacudió los cimientos de la comunidad investigadora japonesa: un grupo de investigadores del Museo Nacional de Historia Japonesa realizó en 2003 unos análisis de AMS¹⁴C a unas concreciones carbonizadas en unas cerámicas yayoi, concluyendo que el inicio de la época Yayoi tuvo lugar alrededor del s X-IX cal. a.n.e.²⁹.

En un primer momento, sólo unos pocos investigadores aceptaron esa datación, pero la inmensa mayoría se mostró reacia e incluso frontalmente en contra de aceptar tan inesperado cambio: algunos argumentaron que la datación tipológica es más precisa que la datación por ¹⁴C, al ser capaz de cubrir variaciones entre fases cronológicas menores de 30 años, otros argumentaron que la falta de explicaciones sobre los métodos e interpretación de los análisis por parte del equipo del Museo Nacional de Historia Japonesa³⁰ y lo reducido de la muestra analizada³¹ hacían poco fiables los resultados. Otro de los factores que también afectaron a esta polémica fue el hecho de que las nuevas cronologías fueron presentadas en el formato de fechas calibradas, hecho inédito en Japón, lo que contribuyó a aumentar la incertidumbre entre los investigadores³². A lo anteriormente dicho hay que sumarle el debate, existente desde la década de los 80, sobre la definición del Yayoi: con el descubrimiento y excavación de los arrozales en los yacimientos de Itazuke y Nabatake, asociados a cerámica yūzu del Jōmon Final, se empezó a plantear si el periodo Yayoi debía hacerse iniciar con la aparición de las tipologías cerámicas conocidas hasta entonces como yayoi o si, por el contrario, debía adelantarse la fecha de inicio del periodo Yayoi para equipararla en el tiempo con la introducción de la agricultura irrigada del arroz en Japón³³, lo que implicaría que algunos tipos cerámicos anteriormente tenidos como jōmon pasaran a formar parte de las tipologías yayoi³⁴. Por último, y para terminar de complicar el asunto, estaba la desconfianza generalizada hacia los métodos analíticos y los cambios cronológicos inesperados que, a causa del escándalo estallado por culpa del “Fraude del Paleolítico”³⁵, muchos de los investigadores expresaban³⁶.

²⁸ Abad 2014, 19.

²⁹ Habu 2004, 27.

³⁰ Hudson 2005, 135.

³¹ Shōda 2007, *passim*.

³² Keally 2004, *passim*.

³³ Shōda 2007, *passim*; Keally 2004, *passim*; Ikawa-Smith 1999, *passim*; Barnes & Okita 1999, 359.

³⁴ La problemática del paso de las tipologías de una clasificación cronológico-cultural a otra no está exenta de polémica, pues hay ejemplos, como el de la cerámica Yūzu, que aparecen igualmente en contextos yayoi – Itazuke–, como en contextos puramente jōmon, tal y como ocurre en ciertos yacimientos del N. de Kyushu (Kanaseki 1986, 319). Es por este motivo que, según Kanaseki, algunas tipologías entran dentro de las últimas de Jōmon final, o de las primeras de Yayoi inicial.

³⁵ El conocido como “Fraude del Paleolítico” se destapó en noviembre del año 2000, cuando dos periodistas del diario *Mainichi Shimbun* grabaron al “arqueólogo amateur” Shinichi Fujimura enterrando artefactos en un yacimiento, y publicaron su descubrimiento en el diario el 5 de noviembre del 2000. Cuando se investigó a Fujimura se descubrió que había estado enterrando sistemáticamente diversos artefactos por 180 yacimientos paleolíticos japoneses, dando como resultado que, en base al “descubrimiento” de dichos artefactos en esos

Antesteria

Nº 7 (2018), 283-299

A pesar de todos los factores implicados, parece que en la actualidad se han disipado la mayoría de las dudas existentes hacia las cronologías presentadas por el equipo del Museo Nacional de Historia Japonesa y que, de manera generalizada, ya se aceptan unas fechas de inicio del Yayoi alrededor del s. IX a.n.e. y aunque, si bien todavía es posible encontrarse con algunas publicaciones relativamente recientes que continúan aferrándose a la cronología de los años 80, e incluso a la de los 70, su número es minoritario con respecto a las que han adoptado ya las cronologías del 2003. Además, si algo tuvo de positivo el tremendo escándalo estallado a consecuencia de la publicación de estas fechas por parte del equipo del Museo Nacional de Historia Japonesa, fue que muchos de los investigadores japoneses empezaron a darse cuenta de la necesidad real de empezar a emplear sistemas de cronología comparada³⁷, no sólo cotejando las diferentes dataciones, tanto estratigráficas y tipológicas, como por AMS, sino también con dataciones cruzadas mediante la comparación con materiales arqueológicos aparecidos en China y Corea, así como con las cronologías correspondientes a los diferentes procesos de difusión cultural y material³⁸.

Por si había poca confusión con las cronologías yayoi, las fechas de inicio del periodo *Kofun* también pueden variar en función del autor consultado: así, si bien la cronología tradicional, establecida a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, indicaba un inicio de la edad *Kofun* en el año 300, basándose en las dataciones que entonces se tenían de los pocos túmulos *kofun* estudiados, hoy en día hay quien defiende que la época Yayoi termina en el año 250, tomando como punto de arranque de la época *Kofun* la muerte de Himiko³⁹, considerada por otros investigadores como un personaje que vivió en un momento transicional entre la sociedad yayoi y la *kofun*⁴⁰. El problema se acentúa con el hecho de que hoy en día sí se sabe que antes del periodo *Kofun* ya existían enterramientos en túmulo, por lo que la designación automática como “*kofun*”, que se aplicaba anteriormente a cualquier túmulo, pierde por completo su validez y añade la complicación de tener que distinguir terminológica y cronológicamente los túmulos de época Yayoi de los enterramientos tumulares *kofun*⁴¹. Por fortuna, parece que la tendencia generalizada va apuntando hacia adelantar las fechas al 250, pero asumiendo que el cambio de Yayoi a *Kofun* no fue tan dramático como se pensaba antes, por lo que los estadios iniciales del *Kofun* Incipiente (250-300) son tomados como una fase de transición formativa del periodo en la mayoría de los casos. Aun así, y como en los casos anteriores, no es extraño encontrar bibliografía actual que mantiene las dataciones tradicionales⁴².

V. Prejuicios raciales

Por otro lado, la recién incorporada conciencia de los investigadores japoneses acerca de la necesidad de integrar los estudios realizados en otros países de la esfera de

yacimientos, se adelantara la fecha del Paleolítico temprano más de medio millón de años. El descubrimiento del fraude de Fujimura tuvo importantes implicaciones, no sólo en la imagen internacional de la investigación japonesa, sino en el modo de llevar a cabo las investigaciones arqueológicas en Japón a partir de entonces. (Hudson 2005, 131; Kaner 2002, *passim*).

³⁶ En dicho fraude había implicados especialistas de métodos de detección de ácidos grasos, lo que hizo que su credibilidad cayera en picado y la veracidad de los métodos analíticos fuera seriamente cuestionada (Kaner 2013, 303).

³⁷ Shōda 2010, *passim*.

³⁸ Shōda 2007, *passim*.

³⁹ Según el Weizhi, Himiko fue enterrada en un túmulo de “más de cien pasos de diámetro” (Barnes 1988, 5), lo que ha hecho que haya sido identificada como la primera gobernante nipona enterrada en un túmulo funerario, y se tome en muchas ocasiones la fecha de su muerte como el arranque de la época *Kofun*, caracterizada por sus enterramientos tumulares.

⁴⁰ Farris 1998, 24.

⁴¹ Barnes 2007, 8.

⁴² Sirva a modo de ejemplo *Mármol* 2014, *passim*.

interacción del Mar Amarillo no deja de ser una reacción a la tendencia nacionalista-imperialista predominante en la historiografía japonesa desde sus propios orígenes. Ya en las crónicas imperiales se puede apreciar una clara rivalidad con respecto a las culturas ajenas al recién establecido Yamato⁴³, entre las que se encuentran no sólo aquellos grupos continentales, sino también otros insulares, como los emishi⁴⁴, que no se integraron en el aparato imperial yamato. En cuanto a sus relaciones con sus vecinos continentales, el panorama no es mucho más alentador: la durísima ocupación japonesa de Corea entre 1910 y 1945 hace que se genere un marcado resentimiento por parte de la población coreana hacia los japoneses, que es correspondido en forma de desprecio y discriminación por parte japonesa⁴⁵. Si a la situación anterior le sumamos que, en las dos Coreas, la investigación arqueológica está aún menos desarrollada que en el archipiélago japonés y que, a su vez, se ve influenciada por el sentimiento de rencor hacia Japón y sus propias tendencias de ideología nacional⁴⁶, podemos vislumbrar un panorama científico en el que las interpretaciones ultra-nacionalistas y la escasez de colaboración entre estos países serán la tónica general. Estas diferencias ideológicas se pueden percibir en numerosos aspectos de la investigación histórica como, por ejemplo, en los estudios que intentan establecer las relaciones que unían al archipiélago con la península en época protohistórica: mientras que historiadores japoneses afirman la superioridad política y el dominio colonial del archipiélago sobre la península⁴⁷, los historiadores coreanos niegan vigorosamente dicho dominio⁴⁸, y contraatacan con teorías como la conocida como “Teoría satélite coreana” (*Chōsen kei bunkoku ron*), según la cual las incursiones militares que los habitantes del archipiélago afirman haber lanzado sobre la península quedan reducidos a meros incidentes de piratería a pequeña escala⁴⁹, siendo en realidad los coreanos quienes se establecieron en Japón a finales de la época Yayoi, conformando gran parte de la población del norte de Kyūshū, la región de Izumo-Kibi y la del Kinai; este flujo constante de inmigrantes coreanos se mantendría hasta principios del s. VI d.n.e. y, según el proponente de esta teoría⁵⁰, los estados coreanos del que eran originarios dichos inmigrantes mantuvieron el control político sobre las regiones japonesas ocupadas, como si fueran estados satélites⁵¹. Las reacciones japonesas a esta teoría no se hicieron esperar: pocos se creyeron que Japón había sido una colonia de inmigrantes coreanos bajo la influencia de sus gobiernos de origen, apuntando a que no existían pruebas de dicho control político. Sin embargo, cada vez más historiadores japoneses estaban dispuestos a admitir como plausible la llegada de un gran número de inmigrantes coreanos al archipiélago en época Yayoi, con lo que las cuestiones acerca del sentido en el que fluyeron los influjos culturales y de la presencia y rol de estos inmigrantes coreanos en el archipiélago japonés comenzaron a tener una tímida presencia en el panorama investigador; a pesar de que, a día de hoy, está aceptada por la totalidad de investigadores japoneses la presencia de inmigrantes coreanos en las islas a partir de época Yayoi, algunos se resisten a tomarla como una inmigración pacífica y consentida por los habitantes del archipiélago japonés⁵², escudándose en teorías como la planteada en 1948 por Namio Egami, según la cual el archipiélago nipón habría sido víctima de una invasión

⁴³ Algo, por otra parte, completamente lógico en su contexto, dado que la razón de ser de las propias crónicas es servir de legitimación y justificación del poder de los gobernantes Yamato.

⁴⁴ *Kojiki* II, 4 (Trad. Rubio y Tani 2008, 126); *Nihongi* VII, 21-22 (Trad. Aston 1972, I, 203).

⁴⁵ Mun 2009, *passim*; Itakagi 2015, *passim*; Morris-Suzuki 2015, *passim*.

⁴⁶ Esta situación es especialmente grave en el caso concreto de Corea del Norte (Farris 1985, 1).

⁴⁷ Un pasaje del *Nihongi* ha sido interpretada a lo largo de la historia japonesa en términos de la confirmación de la presencia de una colonia japonesa en el sur de la Península Coreana entre los ss. IV y VII, argumento que fue utilizado como justificación parcial para la anexión de Corea a Japón en 1910 (Barnes 2001, 38).

⁴⁸ De Bary *et al.* 2001, 4. Otros autores, si bien admiten la existencia de algún enclave de tipo colonial en la península coreana, argumentan que fue el estado coreano de Paekche el que tomó dicho territorio (conocido como Mimana e identificada en el estado de Muiyama en Pyonhan), y que Yamato se auto-atribuyó la conquista del mismo (Barnes 2001, 38).

⁴⁹ Barnes 2001, 38.

⁵⁰ Kim Sok-hyong, quien enunció esta tesis en 1963 (Farris 1998, 65).

⁵¹ Farris 1998, 65.

⁵² Beardsley 1955, 241 y ss.

repentina por parte de nómadas militarizados provenientes del norte asiático a principios del s. IV d.n.e. Dichos nómadas, caracterizados por una marcada cultura ecuestre, habrían atravesado la península coreana, cruzado el Estrecho de Corea en barcos y fundado diversos reinos a su paso; a pesar de que diversos investigadores tanto japoneses como occidentales⁵³ han demostrado que no existió dicha invasión violenta de grupos ecuestres continentales, numerosos especialistas, especialmente coreanos⁵⁴, siguen dando hoy en día pábulo a esta teoría, quizás en un intento –inconsciente o no– de revanchismo histórico contra sus vecinos insulares.

A pesar de todos los esfuerzos realizados por desterrar las visiones nacionalistas y racistas del discurso histórico-arqueológico japonés, así como de las clarísimas evidencias de que los actuales japoneses son descendientes de los yayoi que, a su vez, son fruto de la mezcla entre las poblaciones jōmon autóctonas y las de emigrantes continentales llegados a inicios del Yayoi, hoy en día sigue estando muy extendida entre la población la idea de que los japoneses son una raza pura y unitaria descendiente de los dioses, negando orígenes e influencias foráneas⁵⁵ e incluso algunos autores han llegado a afirmar que las diferencias físicas que se aprecian entre los grupos jōmon y yayoi no se deben a la mezcla entre japoneses y grupos continentales, sino que son atribuibles a factores medioambientales y culturales⁵⁶, sin la intervención de aportaciones poblacionales alóctonas⁵⁷.

Los estudios relacionados con otros grupos culturales, reconocidos actualmente como poseedores de la nacionalidad japonesa, también han sufrido los prejuicios de algunos de los pocos investigadores que se han dedicado a analizar los lazos que unían a estas poblaciones con las del resto del archipiélago: es el caso de los ainu y los ryūkyūyanos que, ninguneados, vilipendiados y discriminados a lo largo de toda la historia japonesa, sólo recientemente han podido entrar y ser reconocidos en el discurso histórico nipón, habiendo sido hasta entonces tratados desde un punto de vista racista, paternalista y simplista⁵⁸. A este respecto, es necesario apuntar que incluso hoy en día se pueden encontrar, en una misma publicación, dos clasificaciones cronológicas del archipiélago de las Ryūkyū muy diferentes: por un lado, la clasificación tradicionalista, no exenta de una buena dosis de imperialismo, según la cual se adjudican a los diferentes periodos en el archipiélago los nombres de los periodos coetáneos en las islas principales japonesas, pero adaptando, en la medida de lo posible, dichos periodos a la realidad en las Ryūkyū, en una época en la que no estaban bajo el dominio de los estados existentes en las islas principales de archipiélago japonés; evidentemente, las carencias de esta periodización saltan a la vista, pues se engloba a las culturas ryukuyanas en una serie de periodos en función de con qué cultura de las islas principales están teniendo contactos, sin tener en cuenta si en las Ryūkyū se han alcanzado los hitos culturales y tecnológicos necesarios para ser consideradas parte efectiva de dicha calificación: así, tenemos que en este archipiélago hay un periodo que, para poder ajustarse a la realidad arqueológico-cultural de las Ryūkyū, tiene que hacer equilibrios entre las cronologías tradicionales japonesas y llamarse “Periodo Yayoi-Heian”⁵⁹. Por otro lado, cada vez en más publicaciones se puede consultar una cronología que sí tiene en cuenta la evolución cultural y tecnológica autóctona de las Ryūkyū, al margen de las influencias que pudieran recibir puntualmente de sus vecinos insulares, con periodos culturales propios como el denominado como “Periodo de los concheros”⁶⁰.

⁵³ Edwards 1983, 269-291; Barnes 2007, 9.

⁵⁴ Lee 2004, *passim*; Ledyard 1975, *passim*.

⁵⁵ Lo que contrasta de una manera sorprendente con el hecho de que hoy en día está ampliamente aceptada la idea de la existencia de diversas fuentes de origen de la cultura japonesa (Hudson 1999, 27).

⁵⁶ Ōnishi 2014, 279; Kidder 1995, 58

⁵⁷ Para más información sobre este tema, vid. Hudson 1999, 60.

⁵⁸ Chamberlain 1888, *passim*; Coates 2004, 182.

⁵⁹ Takamiya 2009, 5.

⁶⁰ Pearson 2009, IV.

Como ya se ha comentado con anterioridad, el final de la Segunda Guerra Mundial supuso un daño irreparable a la concepción japonesa de su sistema imperial: el *Tennō* resultó no ser una divinidad, y la búsqueda de un nuevo elemento amalgamador de la sociedad se hizo necesaria. Todo aquello anterior a la guerra se desechó, pues había conducido al país a la humillación y al descalabro. Así, empezaron a volver la vista atrás, buscando en su historia un elemento unificador de la identidad nacional, intentando huir de las concepciones imperialistas de la época de preguerra: lo que importaba ahora era enfocarse en los modos de vida de la gente común y, con la excavación de Toro a finales de los años 40, se pudo terminar de articular un discurso de unidad cultural en base a la agricultura del arroz, según el cual Japón pasaría de ser la “tierra de los Dioses” a ser “una nación de agricultores de arroz”⁶¹, lo que disparó los estudios de la época Yayoi como el punto de origen de la nación japonesa; el lado oscuro de esta tendencia a ver en la época Yayoi la fase formativa de la historia japonesa se puede encontrar en una pérdida de interés por los estudios jōmon, hasta el punto de que algunos investigadores han llegado incluso a afirmar que los jōmon y los paleolíticos (lo que incluiría a los antepasados de las actuales minorías ainu y ryūkyūyana) no son realmente japoneses, sino que simplemente “coincidió que vivían en Japón”⁶². Como reacción a estas tendencias, y gracias a la apertura de un Japón económicamente pujante en la década de los 80, surgirán voces como la de Takeshi Umehara, defensor de una integración más o menos homogénea de las poblaciones jōmon y yayoi, incluyendo a los ainu y ryūkyūyanos en el debate sobre los orígenes japoneses; es necesario mencionar que, si bien Umehara parece pecar de cierto patriotismo y de una nostalgia romántica por un pasado prístino cuando considera que los ainu son los depositarios de la cultura Jōmon en su estado más puro, mientras que los japoneses “*wajin*”⁶³ han sido corrompidos por todo tipo de desagradables influencias extranjeras desde China, Corea y Occidente⁶⁴, sí es cierto que su aportación a los estudios japoneses, y muy especialmente al estudio de los orígenes japoneses, del proceso de expansión yayoi y de la integración de las minorías ainu y ryūkyūyana en el discurso histórico japonés ha sido inestimable.

Como se puede ver, los estudios arqueológicos japoneses han estado muy influenciados por intereses ideológicos y, aunque hoy en día la tendencia general es más aperturista, en parte gracias a la aportación de un pequeño grupo de investigadores occidentales que en las últimas décadas han ido aportando puntos de vista nuevos a la investigación⁶⁵, sigue siendo necesario filtrar muy cuidadosamente las interpretaciones de los autores japoneses y ser conscientes de sus tendencias ideológicas a la hora de acometer cualquier tipo de estudio.

VI. La aplicación del método científico

Por otro lado, hasta el momento, sólo se han tratado los problemas puramente teóricos del estudio de la pre- y protohistoria japonesas; pero hay otro tipo de problemas que, si bien más fácilmente detectables y solventables, también afectan a la manera de acometer la investigación; dichos problemas están más relacionados con el ámbito científico-práctico, y en general son reflejo de lo tardío de la introducción de los modernos métodos y técnicas científicos en la investigación histórico-arqueológica japonesa, así como del aislamiento de sus historiadores y arqueólogos con respecto al resto de la comunidad científica internacional.

⁶¹ Hudson 1990, 101.

⁶² Beardsley 1955, 334.

⁶³ “*Wajin*” es el término empleado por los propios ainu para referirse a los japoneses “no ainu” a partir de época Meiji (Howell 2014, 109).

⁶⁴ Hudson 1999, 53-54.

⁶⁵ Hudson 2007, 92.

En primer lugar, muy pocos investigadores japoneses publican los resultados de sus estudios en inglés: la mayoría lo hacen únicamente en japonés y, a excepción de ciertas colaboraciones puntuales con otros especialistas occidentales, la mayoría de las publicaciones en inglés pertenecen a los pocos investigadores occidentales capaces de traducir directamente de las fuentes de información japonesas; ésto limita tremendamente el acceso a la información, especialmente si no se ha alcanzado el altísimo nivel de japonés necesario para poder entender un texto especializado. Este localismo se ve también reflejado en la limitadísima pluridisciplinaridad de los estudios publicados: a excepción de aquéllos llevados a cabo por equipos con investigadores occidentales, más acostumbrados a estas dinámicas, son escasos los japoneses que recurren a especialistas de otros campos o a realizar análisis científicos para apoyarse en su investigación. Esta ausencia de costumbre a tratar con disciplinas y técnicas ajenas a las propias también provoca que, en las ocasiones en las que tienen que moverse en las turbulentas aguas de la ciencia, lo hagan con inseguridad, malinterpretando los datos⁶⁶ y cometiendo graves errores de base. Esa falta de costumbre de trabajar con datos científicos es especialmente evidente cuando se trata de listar las especies animales y/o vegetales aparecidas en un entorno arqueológico: no son pocas las veces que surgen autores (tanto japoneses como occidentales) que no proporcionan el nombre científico de los especímenes encontrados, lo que hace en algunos casos hartamente complicado saber exactamente a qué animal o planta se están refiriendo; este problema se multiplica cuando el autor consultado publica en inglés, pues en el paso de un idioma al otro se pierden matices importantísimos para saber exactamente de qué animal o planta estamos hablando: un ejemplo claro lo tenemos en el caso del 真鯛 (マダイ “*mada*”): en japonés, este término se refiere específicamente al pescado cuyo nombre científico es *Pagrus major*⁶⁷; pero al traducir “*mada*” al inglés el término es “*red seabream*”⁶⁸; en los casos en los que después se incluye entre paréntesis la terminología científica, no hay mayor problema, pero ¿qué ocurre en aquellos casos en los que no se incluye? para empezar, en inglés el término “*red seabream*” se aplica, no sólo al *P. major*, sino también a otros peces: puede ser el *P. major* pero también puede ser el *Gymnocranius grandoculis*⁶⁹ o el *Pagellus bogaraveo*⁷⁰, entre otros; es decir, hemos pasado de saber que estamos hablando del *madai* o *Pagrus major* a no tener claro si se refieren al *P. major*, al *P. bogaraveo* o al *G. grandoculis*: en los dos primeros casos, al menos comparten familia: la de los espáridos, pero en el caso del *G. grandoculis* ni siquiera pertenece a la familia de los espáridos. En algunos casos se pueden descartar algunos de los candidatos por su distribución geográfica natural, si ésta no incluye la zona de los mares circundantes a Japón, pero en ocasiones es la referencia más general (en este caso, la de perciformes) la única que asegura que no se está adjudicando erróneamente una especie determinada a un yacimiento concreto, lo cual no deja mucho margen de concreción. Para complicar más el asunto, también surgen problemas sobre cómo traducir al castellano algunos de los términos empleados por otros investigadores: por seguir con el ejemplo anterior, los espáridos, según la FAO⁷¹, son conocidos en inglés como “*seabream*”. Según el diccionario Collins, “*seabream*” es “besugo”. No hay más que hacer una búsqueda sencilla en diferentes clasificaciones taxonómicas para ver que en castellano hay diversos taxones incluidos en la entrada de “besugo” como nombre común, algunos incluso pertenecientes a familias diferentes (lo que implicaría que en algunos casos ni siquiera entrarían técnicamente dentro de la clasificación de espáridos).

⁶⁶ Tal y como sucedió en el ya comentado escándalo del 2003 sobre las cronologías yayoi (Keally 2004, *passim*).

⁶⁷ Ohara 2004, 2.

⁶⁸ Uede y Takeuchi 2007, 409.

⁶⁹ Catalogue of life, entrada para “*seabream*”: <http://www.fishbase.org/ComNames/CommonNameSearchList.php>

⁷⁰ Gil 2010, 2.

⁷¹ Carpenter 2001, 2990.

Aunque no todos los problemas se solucionarían aportando la nomenclatura científica: no son pocos los casos en los que no hay unos criterios unificados, por lo que se emplean diferentes clasificaciones taxonómicas para referirse a un mismo taxón o incluso la misma clasificación taxonómica para referirse a taxones diferentes: es lo que ocurre con el caso del *Oryza sativa var. sinica*: en 1976 Chang propuso que la variedad *japonica* del arroz (*O. sativa japonica*) cambiara su denominación a *O. sativa sinica*, dado que su domesticación estaba atestiguada en China. Paralelamente, Nakagahara empezó a aplicar por la misma época la designación *O. sativa sínica* para designar a las variedades de *O. sativa indica* que crecían en territorio nacional chino⁷², lo que aumenta aún más el ruido y la confusión a la hora de intentar clarificar los datos. Además, la falta de costumbre a la hora de manejarse con las clasificaciones taxonómicas, unido a la también falta de costumbre de emplear el latín, hace que sean habituales los errores en las publicaciones a la hora de escribir los nombres de los taxones, por lo que se complica aún más la lectura clara de los datos. Si a la falta de unificación de criterios anterior le sumamos que, a veces, la poca familiaridad con el manejo de clasificaciones taxonómicas hace que sea relativamente habitual encontrar taxones mal nombrados, en los que se confunde la familia con el género o la especie, existe un panorama bastante complicado que desenmarañar antes de poder hacerse una imagen clara de la información que se está procesando.

Esta falta de unificación de criterios no se reduce solamente a los términos estrictamente biológicos, sino que también se da a la hora de proporcionar la nomenclatura de regiones y provincias japonesas: en algunos casos se emplea como medio de localización el actual sistema de 47 prefecturas establecido en 1871⁷³, pero en otros casos se utiliza el *Gokishichidō*, el sistema de provincias creado bajo el *Ritsuryō* a finales del s. VII⁷⁴ o, incluso, el sistema de antiguas provincias anterior al *Ritsuryō*, por ser temporalmente más cercanos a la época que se trata; estos sistemas de localización no están exentos de problemática pues, desde la creación de las primeras provincias hasta la era *Sengoku*, son numerosos los cambios, anexiones, escisiones y desintegraciones de las provincias establecidas desde época antigua; otras veces, la localización se da en base al sistema de organización territorial por regiones: el problema con las regiones japonesas radica en que no se trata de divisiones meramente administrativas o geográficas, sino de divisiones culturales, lo que hace que en muchas ocasiones los límites de dichas regiones sean difusos y varíen en función del autor/mapa consultado; el caso más claro al respecto se puede ver con las regiones de Hokuriku y Shin'etsu: generalmente, la región de Hokuriku suele aparecer representada ocupando las actuales prefecturas de Toyama, Ishikawa, Fukui y Niigata; sin embargo, en ocasiones, la prefectura de Niigata queda fuera de la región de Hokuriku, y pasa a formar parte de la región de Shin'etsu, junto con la actual prefectura de Nagano. Si a la región de Shin'etsu se le añade también la actual prefectura de Yamanashi se la conoce como Kōshin'etsu. Incluso existen mapas en los que las regiones de Hokuriku y Kōshin'etsu forman parte de una unidad superior, llamada Hokushinetsu (apócope de los nombres de ambas regiones).

Ya se ha comentado con anterioridad que el final de la Segunda Guerra Mundial conllevó un interés renovado por buscar las raíces del estado japonés en la historia, alejándose del concepto imperialista de preguerra; el nacimiento de la concepción de que es la Historia el elemento cohesionador de la sociedad japonesa supuso un renovado interés popular por conocer más acerca de sus orígenes, en un intento de fortalecer la identidad de grupo, herida de muerte tras la derrota en la guerra. El número de "arqueólogos amateur" empezó a dispararse y la participación popular en las excavaciones arqueológicas era vista como parte del proceso de democratización⁷⁵, mientras que el concepto de la arqueología "del pueblo y para el pueblo"⁷⁶ se extendió de forma explosiva, siendo aprovechado por los

⁷² Oka 1988, 148.

⁷³ Barnes 2007, XXI.

⁷⁴ Frédéric 2002, 255.

⁷⁵ Hudson 2005, 132 y ss.

⁷⁶ Hudson 2005, *passim*.

grupos indigenistas surgidos en los años 70⁷⁷ para reclamar sus derechos sobre su propia historia⁷⁸; junto a la espectacular recuperación económica de finales del siglo pasado y el explosivo aumento de los proyectos de urbanización, a partir de la década de los 70, fruto de la misma que, por desgracia, ha provocado una destrucción sin parangón de la información arqueológica antes de poder ser publicada convenientemente, se ha producido un incremento drástico en la actividad arqueológica en Japón⁷⁹, que ha podido mantener el elevado ritmo de trabajo en parte gracias a la colaboración de voluntarios. La contrapartida negativa al acceso de personas no especializadas dentro del campo de los estudios arqueológicos tiene su reflejo más claro en el fraude del Paleolítico: cualquiera puede publicar y, lo que es más importante, manipular los resultados de una investigación, lo que ha acarreado no poca desconfianza por parte de la comunidad científica japonesa ante cualquier tipo de resultado o publicación que se salga de los conceptos tradicionalmente establecidos.

VII. La práctica de la investigación arqueológica

A todos los factores anteriormente expuestos habría que sumarles otros que, si bien de manera menos drástica, afectan también al correcto desarrollo de la investigación histórico-arqueológica japonesa; estos factores pueden ir desde la escasa inversión económica, tanto en mano de obra como en análisis de muestras, hasta diversas supersticiones y tabúes relacionados tanto con el concepto de impureza propio del sintoísmo y la prohibición de contacto con todo aquello relacionado con la muerte, así como con el miedo a los espíritus de los difuntos, a los que hay que sumar diversas historias y leyendas alrededor de elementos como las “piedras del rayo” y las muertes misteriosas asociadas al saqueo de tumbas tumulares, y que obligan en muchos casos a empezar las excavaciones de ciertas estructuras funerarias con una ceremonia sintoísta de purificación para atraer el entendimiento entre espíritus, excavadores y propietarios del terreno, contrarrestando de este modo cualquier posible efecto negativo de las “fuerzas del más allá” sobre las personas implicadas en la excavación⁸⁰.

Por último, y como también ocurre en España, cabe destacar el tremendo poder fáctico de las grandes empresas inmobiliarias y constructoras, que ejercen presión sobre los terrenos con yacimientos por intereses puramente especulativos o económicos, lo que también afecta no sólo a la puesta en marcha de excavaciones, sino también al correcto procesado y publicación de la información de ellas obtenida⁸¹.

⁷⁷ Howell 2014, 111.

⁷⁸ Kato 2012, *passim*.

⁷⁹ Hudson 2007, 92.

⁸⁰ Se creía que las herramientas líticas prehistóricas se materializaban en la tierra tras la rebelión de los espíritus de la naturaleza (rayos, tormentas...etc.), y eran sometidas a una serie de ceremonias de purificación para neutralizar los malos augurios de los que, teóricamente, eran portadoras. En cuanto a las historias sobre maldiciones a los saqueadores de tumbas, se puede encontrar un claro ejemplo en el relato que gira en torno a los saqueadores del túmulo funerario considerado como el lugar de reposo de la emperatriz Kōken (718-748): uno de los saqueadores, un hombre joven, murió al poco tiempo de haber saqueado la tumba con el cuerpo hinchado y su amigo (y probable cómplice), en shock, devolvió todo el ajuar temiendo por su propia vida. Otra de las historias habla de un grupo de sacerdotes que vivían cerca de la tumba asignada al emperador Daigo (885-930) y que fallecieron todos jóvenes, sin saberse el motivo, aunque las fuentes dejan poco lugar a dudas sobre la relación del suceso con la proximidad a la tumba en el imaginario colectivo popular. (Kidder 1977: 15-16).

⁸¹ A este respecto, resulta anecdótica la experiencia relatada por Hudson (2007: 87) acerca de un grupo de miembros de la *yakuza* japonesa realizando una visita las excavaciones arqueológicas de una necrópolis medieval en Okayama, no por un interés puramente filantrópico, sino para “sugerir” al director de los trabajos arqueológicos que no publicara los resultados de dichas excavaciones, dada la existencia de ciertos intereses especulativos sobre el uso legalmente preestablecido de dichos terrenos:

VIII. A modo de conclusión

Como se puede apreciar tras la lectura de las páginas que preceden, son innumerables los obstáculos a superar antes de poder afrontar el estudio de los periodos pre- y protohistórico japoneses: desde manipulaciones de la información con fines nacionalistas o ideológicos y cambios en las cronologías según qué fuente se consulte, hasta errores básicos en la organización e interpretación de la información científica con la que se trata, es muy importante tener en cuenta todos ellos antes de intentar una aproximación a la arqueología japonesa, pues afectan de manera directa tanto a la información disponible como a su interpretación.

IX. Bibliografía

- Abad, R. (2014): "Claves conceptuales para comprender la arqueología japonesa a principios del s XXI", *Asiadémica*, 3, 14-24.
- Aston, W. G. (1972) (trad.): *Nihongi. Chronicles of Japan from the Earliest Times to A.D. 697*, London.
- Barnes, G. L. y Okita, M. (1999): "Japanese Archaeology in the 1990s", *Journal of Archaeological Research*, 7 (4), 1999.
- Barnes, G. L. (1988): *Protohistoric Yamato. Archaeology of the first Japanese State*, Michigan.
- _____ (1990): "The 'idea of prehistory' in Japan", *Antiquity* 64, 929-940.
- _____ (2001): *State formation in Korea: historical and archaeological perspectives*, London.
- _____ (2007): *State formation in Japan. Emergence of a 4th-century ruling elite*, London.
- Beardsley, R. K. (1955): "Japan before History: a survey of the archaeological record", *The Far Eastern Quarterly*, 14 (3), 317-346.
- Carpenter, K. E. (2001): "Sparidae. Porgies (seabreams). FAO Species Identification Guide for Fishery Purposes", *The Living Marine Resources of the Western Central Pacific* 5, 2990-3003.
- Chamberlain, B. H. (1888): "Aino Folk-lore", *The folk-lore journal*, 6 (1), 1-51.
- Coates, K. (2004): *A global History of Indigenous Peoples. Struggle and survival*, London.
- De Bary, W. T. et al. (2001): *Sources of Japanese tradition. Vol. I: from earliest times to 1600*, New York.
- Edwards, W. (1983): "Event and process in the founding of Japan: the horserider theory in archaeological perspective", *Journal of Japanese Studies*, 9 (2), 265-295.
- Edwards, W. y Okita, M. (2005): "Reconstruction of Japanese Kofun (Mounded Tombs) Using Radar and Resistivity Prospection", *Bunkazai to tansa [Journal of the Archaeological Prospection Society of Japan]* 6 (2), 1-8.
- Farris, W.W. (1985): *Population, Disease and Land in Early Japan, 645-900*, Harvard.
- _____ (1998): *Sacred texts and buried treasures. Issues in the historical archaeology of ancient japan*, Honolulu.
- Frédéric, L. (2002): *Japan encyclopedia*, Paris.

"The links between organized crime and the Japanese construction industry need no elaboration here. Since, as noted already, construction is the primary reason behind the frenetic rate of excavation in Japan, it is natural that criminal groups are affected by the costs and delays resulting from excavation prior to development. An excellent example came to my attention while rewriting this section in July 1997. A site in Okayama had unexpectedly produced skeletal remains from a medieval cemetery. A carload of men with the garish fashions of the Japanese mafia had visited the site a few days prior to my visit and had urged the dig director not to publicize the burials. Although violence or the threat of violence was not used on this occasion, it was clear that the developer had other plans than those stated on the official application in which the land was to be redeveloped for agricultural use".

- Gil, J. (2010): "Spanish information about the red seabream (*Pagellus bogaraveo*) fishery in the Strait of Gibraltar region", *CopeMed II Occasional Paper 2*.
- Goodman, D. *et al.* (2009): "The application of GPR Overlay analysis in archaeological prospection: Discovery at the Japanese Imperial Family tombs in Miyazaki Prefecture", *ArcheoSciences* 33 (suppl.), 295-297.
- Habu, J. (2004): *Ancient Jomon of Japan*, Cambridge.
- Hein, I. (2012): "Media Constructions of Okinawa as a "Different Japan": a Postcolonial struggle about Representation", en Aoyama, T. (ed.), *Making a difference: representing/constructing the Other in Asian/African Media, cinema and languages*, Tokio, 99-109.
- Horiuchi, A. *et al.* (2015): "A dietary study of the Kamegaoka culture population during the Final Jomon period, Japan, using stable isotope and lipid analyses of ceramic residues", *Radiocarbon*, 57 (4), 721-736.
- Howell, D.L. (2014): "Is Ainu History Japanese History?", In Hudson, M.J. *et al.* (eds.), *Beyond Ainu Studies. Changing academic and public perspectives*, 101-116, Honolulu.
- Hudson, M.J. (1990): "From Toro to Yoshinogari. Changing perspectives on Yayoi Period Archaeology", en Barnes, G. (ed.), *Hoabinhian, jomon, ainu, korean states*, Oxford, 63-111.
- _____ (1999): *Ruins of Identity. Ethnogenesis in the Japanese Islands*, Honolulu.
- _____ (2005): "For the people, by the people: postwar Japanese archaeology and the Early Paleolithic hoax", *Anthropological Science* 113, 131-139.
- _____ (2007): "Archaeology as Japanology". *Japanese Studies*, 17 (2-3), 80-93.
- Ikawa-Smith, F. (1982): "Co-traditions in Japanese archaeology", *World Archaeology*, 13 (3), 296-309.
- _____ (1999): "The Archaeology of East Asia and the population history of the Japanese archipelago: a discussion", en Omoto, K. (ed.), *Interdisciplinary perspectives on the origins of the Japanese*, Kyoto, 257-264.
- Itakagi, R. (2015): "The anatomy of Korea-phobia in Japan", *Japanese Studies*, 35, 1, 49-66.
- Kanaseki, H. (1986): "The evidence for social change between the Early and Middle Yayoi", en Pearson, R. J. (ed.), *Windows on the Japanese Past: Studies in Archaeology and Prehistory*, Michigan, 317-334.
- Kaner, S. (2002): "Trouble in the Japanese Lower and Middle Palaeolithic", *Before Farming*, 2 (4), 1-25.
- _____ (2013): "A potted history of Japan", *Nature*, 496, 302-303.
- Kato, H. (2012): *Indigenous Archaeology of the Ainu: Shifting from archaeological site to native property. Presentation in Routes of indigenous research*, Washington.
- Keally, C. T. (2004): "Bad Science and the distortion of History: Radiocarbon dating in Japanese Archaeology (revised version)", *Sophia International Review*, 26.
- Kidder, J. E. (1977): *Ancient Japan*, Oxford.
- _____ (1995): *El Japón Antiguo*, Barcelona.
- Ledyard, G. (1975): "Galloping along with the Horseriders: looking for the founders of Japan", *Journal of Japanese Studies*, 1-2, 217-254.
- Lee, J. (2004): *The relatedness between the origin of Japanese and Korean ethnicity*, PdH Thesis, Florida State University, USA.
- Mármol, J.A. (2014): "Dotaku: jerarquización social y ritualidad a través de campanas de bronce de la prehistoria y protohistoria japonesas", *Glyphos*, 3, 86-92.
- Mizoguchi, K. (2002): *An Archaeological History of Japan, 30,000 B.C. to A.D. 700*, Philadelphia.
- _____ (2006): *Archaeology, Society and Identity in Modern Japan*, New York.
- _____ (2013): *The archaeology of Japan. From the early rice farming villages to the rise of the state*, New York.

- Morris-Suzuki, T. (2015): "Beyond racism: semi-citizenship and marginality in modern Japan", *Japanese Studies*, 35:1, 67-84.
- Mun, G. (2009): "Origins of the current problems of Korean Residents in Japan", *Kyoto Bulletin of Islamic Area Studies*, 3-1, 197-207.
- Oksbjerg, J. (2007): "The last excavation at Shôbuzako Kofun", *BSEAA* 1, 35-48.
- Ôhara I. (2004): "マダイとゴウシュウマダイの判別について. 中央水研", *News of the National Research Institute of Fisheries Sciences*, 33, 2-3.
- Oka, H. I. (1988): *Origin of cultivated rice*, Tokyo.
- Ônishi, H. (2014): "The formation of the Ainu cultural landscape: landscape shift in a Hunter-gatherer society in the Northern part of the Japanese archipelago", *Journal of World Prehistory*, 27, 277-293.
- Pearson, R. J. (ed.) (2009): "Okinawa: The Rise of an Island Kingdom. Archaeological and cultural perspectives", *BAR International Series*, 1898.
- Rubio, C. y Tani, C. (2008) (trad.): *Kojiki. Crónicas de antiguos hechos de Japón*, Madrid.
- Shôda, S. (2007): "A comment on the Yayoi Period dating controversy", *Bulletin of the South-East Asia Association*, 1, 1-7.
- _____ (2010): "Radiocarbon and Archaeology in Japan and Korea: what has changed because of the Yayoi dating controversy?", *Radiocarbon*, 52 (2-3), 421-427.
- Takamiya, H. (2009): "Okinawa's Earliest Inhabitants and Life on the Coral Islands". In Pearson, R. (ed.), *Okinawa: The Rise of an Island Kingdom. Archaeological and cultural perspectives*, 5-12.
- Uede, T. y Takeuchi, T. (2007): "養殖 マダイ *Pagrus major* における消化管内容物の変化と残餌・糞に基づく炭素および窒素負荷 (Postprandial Changes in Digesta, Leftovers and Feces, and Their Carbon and Nitrogen contents in Cultured Red Sea Breams, *Pagrus major*)", *Aquaculture Science* 55 (3), 409-415. (En japonés con abstract en inglés).